



XXXI.

LA PENA DEL TALIÓN

MERCEDES! (exclamó el Corregidor al comparecer delante de su esposa.) Necesit saber inmediatamente....

—¡Hola, tío Lucas! V. por aquí? (dijo la Corregidora, interrumpiéndole.)—¿Ocurre alguna desgracia en el molino?

—¡Señoral! ¡no estoy para chanzas! (re-

puso el Corregidor hecho una fiera.)—
Antes de entrar en explicaciones por mi
parte, necesito saber qué ha sido de mi
honor....

—¡Esa no es cuenta mía! ¿Acaso me lo
ha dejado V. á mí en depósito?

—Sí, señora.... ¡Á V.! (replicó D. Euge-
nio.)—¡Las mujeres son depositarias del
honor de sus maridos!

—Pues entonces, mi querido tío Lucas,
pregúntele V. á su mujer....—Precisa-
mente nos está escuchando.

La señá Frasquita, que se había que-
dado á la puerta del salón, lanzó una es-
pecie de rugido.

—Pase V., señora, y siéntese....—añá-
dió la Corregidora, dirigiéndose á la Mo-
linera con dignidad soberana.

Y, por su parte, encaminóse al sofá.

La generosa navarra supo comprender
desde luego toda la grandeza de la actitud
de aquella esposa injuriada...., é injuriada
acaso doblemente.... Así es que, alzándo-
se en el acto á igual altura, dominó sus
naturales ímpetus, y guardó un silencio
decoroso.—Esto sin contar con que la señá

Frasquita, segura de su inocencia y de su
fuerza, no tenía prisa de defenderse.—Te-
niala, sí, de acusar; y mucha....; pero no
ciertamente á la Corregidora.—¡Con quien
ella deseaba ajustar cuentas era con el tío
Lucas...., y el tío Lucas no estaba allí!

—Señá Frasquita.... (repitió la noble
dama, al ver que la Molinera no se había
movido de su sitio): le he dicho á V. que
puede pasar y sentarse.

Esta segunda indicación fué hecha con
voz más afectuosa y sentida que la prime-
ra....—Dijérase que la Corregidora había
adivinado también por instinto, al fijarse
en el reposado continente y en la varonil
hermosura de aquella mujer, que no iba á
habérselas con un ser bajo y despreciable,
sino quizá más bien con otra infortunada
como ella;—¡infortunada, sí, por el solo
hecho de haber conocido al Corregidor!

Cruzaron, pues, sendas miradas de paz
y de indulgencia aquellas dos mujeres
que se consideraban dos veces rivales, y
notaron con gran sorpresa que sus almas
se aplacieron la una en la otra, como dos
hermanos que se reconocen.

No de otro modo se divisan y saludan a lo lejos las castas nieves de las encumbradas montañas.

Saboreando estas dulces emociones, la Molinera entró majestuosamente en el salón, y se sentó en el filo de una silla.

Á su paso por el molino, previendo que en la Ciudad tendría que hacer visitas de importancia, se había arreglado un poco y puéstose una mantilla de franela negra, con grandes felpones, que le sentaba divinamente.—Parecía toda una señora.

Por lo que toca al Corregidor, dicho se está que había guardado silencio durante aquel episodio.—El rugido de la señá Frasquita y su aparición en la escena no habían podido menos de sobresaltarle.— ¡Aquella mujer le causaba ya más terror que la suya propia!

—Conque vamos, tío Lucas.... (prosiguió Doña Mercedes, dirigiéndose á su marido.) Ahí tiene V. á la señá Frasquita.... ¡Puede V. volver á formular su demanda! ¡Puede V. preguntarle aquello de su honral

—Mercedes, ¡por los clavos de Cristo!

(gritó el Corregidor.) ¡Mira que tú no sabes de lo que soy capaz! ¡Nuevamente te conjuro á que dejes la broma y me digas todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia!—¿Dónde está ese hombre?

—¿Quién? ¿Mi marido?... Mi marido se está levantando. y ya no puede tardar en venir.

—¡Levantándose!—bramó D. Eugenio

—¿Se asombra V.? ¿Pues dónde quería V. que estuviese á estas horas un hombre de bien, sino en su casa, en su cama, y durmiendo con su legítima consorte, como manda Dios?

—¡Merceditas! ¡Ve lo que te dices! ¡Repara en que nos están oyendo! ¡Repara en que soy el Corregidor!...

—¡Á mí no me dé V. voces, tío Lucas, ó mandaré á los Alguaciles que lo lleven á la cárcel!—replicó la Corregidora, poniéndose de pie.

—¡Yo á la cárcel! ¡Yo! ¡El Corregidor de la Ciudad!

—El Corregidor de la Ciudad, el representante de la Justicia, el apoderado del Rey (repuso la gran señora con una seve-

ridad y una energía que ahogaron la voz del fingido Molinero), llegó á su casa á la hora debida, á descansar de las nobles tareas de su oficio, para seguir mañana amparando la honra y la vida de los ciudadanos, la santidad del hogar y el recato de las mujeres, impidiendo de este modo que nadie pueda entrar, disfrazado de Corregidor ni de ninguna otra cosa, en la alcoba de la mujer ajena; que nadie pueda sorprender á la virtud en su descuido y reposo; que nadie pueda abusar de su casto sueño....

—¡Merceditas! ¿Qué es lo que profieres? (silbó el Corregidor con labios y encías.) ¡Si es verdad que ha pasado eso en mi casa, diré que eres una pícara, una pérfida, una licenciada!

—¿Con quién habla este hombre? (prorrumpió la Corregidora desdeñosamente, y paseando la vista por todos los circunstantes.) ¿Quién es este loco? ¿Quién es este ebrio?... ¡Ni siquiera puedo ya creer que sea un honrado molinero como el tío Lucas, á pesar de que vistesu traje de villano!—Sr. Juan López, créame V. (con-

tinuó, encarándose con el Alcalde de monterilla, que estaba aterrado): mi marido, el Corregidor de la Ciudad, llegó á esta su casa hace dos horas, con su sombrero de tres picos, su capa de grana, su espadín de caballero y su bastón de autoridad.... Los criados y alguaciles que me escuchan se levantaron, y lo saludaron al verlo pasar por el portal, por la escalera y por el recibimiento. Cerráronse en seguida todas las puertas, y desde entonces no ha penetrado nadie en mi hogar hasta que llegaron Vds.—¿Es esto cierto?—Responded vosotros....

—¡Es verdad! ¡Es muy verdad!—contestaron la nodriza, los domésticos y los ministriles; todos los cuales, agrupados á la puerta del salón, presenciaban aquella singular escena.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! (gritó D. Eugenio, echando espumarajos de rabia.)—¡Garduña! ¡Garduña! ¡Ven y prende á estos viles que me están faltando al respeto! ¡Todos á la cárcel! ¡Todos á la horca!

Garduña no parecía por ningún lado.

—Además, señor.... (continuó Doña Mercedes, cambiando de tono y dignándose ya mirar á su marido y tratarle como á tal, temerosa de que las chanzas llegaran á irremediables extremos.) Supongamos que V. es mi esposo.... Supongamos que V. es D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León....

—¡Lo soy!

—Supongamos, además, que me cupiese alguna culpa en haber tomado por V. al hombre que penetró en mi alcoba vestido de Corregidor....

—¡Infames!—gritó el viejo, echando mano á la espada, y encontrándose sólo con el sitio ó sea con la faja de molinero murciano.

La navarra se tapó el rostro con un lado de la mantilla para ocultar las llamaradas de sus celos.

—Supongamos todo lo que V. quiera.... (continuó Doña Mercedes con una impasibilidad inexplicable.) Pero dígame V. ahora, señor mío: ¿Tendría derecho á quejarse? ¿Podría V. acusarme como fiscal? ¿Podría V. sentenciarme como juez? ¿Viene V. acaso del sermón? ¿Viene V.

de confesar? ¿Viene V. de oír misa? ¿Ó de dónde viene V. con ese traje? ¿De dónde viene V. con esa señora? ¿Dónde ha pasado V. la mitad de la noche?

—Con permiso....—exclamó la señá Frasquita, poniéndose de pie como empujada por un resorte, y atravesándose arrogantemente entre la Corregidora y su marido.

Éste, que iba á hablar, se quedó con la boca abierta al ver que la navarra entraba en fuego.

Pero Doña Mercedes se anticipó, y dijo:

—Señora, no se fatigue V. en darme á mí explicaciones.... ¡Yo no se las pido á V., ni mucho menos!—Allí viene quien puede pedírselas á justo título.... ¡Entiéndase V. con él!

Al mismo tiempo se abrió la puerta de un gabinete, y apareció en ella el tío Lucas, vestido de Corregidor de pies á cabeza, y con bastón, guantes y espadín, como si se presentase en las Salas de Cabildo.





XXXII.

LA FE MUEVE LAS MONTAÑAS.

ENGAN Vds. muy buenas noches,
—pronunció el recién llegado,
quitándose el sombrero de tres
picos, y hablando con la boca sumida,
como solía D. Eugenio de Zúñiga.

En seguida se adelantó por el salón,
balanceándose en todos sentidos, y fué á
besar la mano de la Corregidora.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CARLEVA ALFONSO

UNIVERSIDAD DE NREGO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAY 1907

Todos se quedaron estupefactos.—El parecido del tío Lucas con el verdadero Corregidor era maravilloso.

Así es que la servidumbre, y hasta el mismo Sr. Juan López, no pudieron contener una carcajada.

D. Eugenio sintió aquel nuevo agravio, y se lanzó sobre el tío Lucas como un basilisco.

Pero la señá Frasquita metió el montante, apartando al Corregidor con el brazo de marras, y Su Señoría, en evitación de otra voltereta y del consiguiente ludibrio, se dejó atropellar sin decir oxe ni moxte.—Estaba visto que aquella mujer había nacido para domadora del pobre viejo.

El tío Lucas se puso más pálido que la muerte al ver que su mujer se le acercaba; pero luego se dominó, y, con una risa tan horrible que tuvo que llevarse la mano al corazón para que no se le hiciese pedazos, dijo, remedando siempre al Corregidor:

—¡Dios te guarde, Frasquita! ¿Le has enviado ya á tu sobrino el nombramiento?

¡Hubo que ver entonces á la navarra!—Tiróse la mantilla atrás, levantó la frente con soberanía de leona, y, clavando en el falso Corregidor dos ojos como dos puñales:

—¡Te desprecio, Lucas!—le dijo en mitad de la cara.

Todos creyeron que le había escupido.

¡Tal gesto, tal ademán y tal tono de voz acentuaron aquella frasel

El rostro del Molinero se transfiguró al oír la voz de su mujer. Una especie de inspiración, semejante á la de la fe religiosa, había penetrado en su alma, inundándola de luz y de alegría.... Así es que, olvidándose por un momento de cuanto había visto y creído ver en el molino, exclamó, con las lágrimas en los ojos y la sinceridad en los labios:

—¿Conque tú eres mi Frasquita?

—¡No! (respondió la navarra tuera de sí.) ¡Yo no soy tu Frasquita!—Yo soy.... ¡Pregúntaselo á tus hazañas de esta noche, y ellas te dirán lo que has hecho del corazón que tanto te quería!...

Y se echó á llorar, como una montaña

de hielo que se hunde y principia á derretirse.

La Corregidora se adelantó hacia ella sin poder contenerse, y la estrechó en sus brazos con el mayor cariño.

La señá Frasquita se puso entonces á besarla, sin saber tampoco lo que se hacía, diciéndole entre sus sollozos, como una niña que busca amparo en su madre:

— ¡Señora, señora! ¡Qué desgraciada soy!

— ¡No tanto como V. se figural— Contestábale la Corregidora, llorando también generosamente.

— ¡Yo sí que soy desgraciado!— gemía al mismo tiempo el tío Lucas, andando á puñetazos con sus lágrimas, como avergonzado de verterlas.

— Pues ¿y yo? (prorrumpió al fin Don Eugenio, sintiéndose ablandado por el contagioso lloro de los demás, ó esperando salvarse también por la vía húmeda; quiero decir, por la vía del llanto.)— ¡Ah, yo soy un pícaro! ¡un monstruo! ¡un calavera deshecho, que ha llevado su merecido!

Y rompió á berrear tristemente, abrazado á la barriga del Sr. Juan López.

Y éste y los criados lloraban de igual manera, y todo parecía concluido, y, sin embargo, nadie se había explicado.





XXXIII.

¿VES Y TÚ?

Del tío Lucas fué el primero que salió á flote en aquel mar de lágrimas.

Era que empezaba á acordarse otra vez de lo que había visto por el ojo de la llave.

—¡Señores, vamos á cuentas!...—dijo de pronto.

—No hay cuentas que valgan, tío Lu-

cas.... (exclamó la Corregidora.)—¡Su mujer de V. es una bendita!

—Bien..., sí....; pero....

—¡Nada de perol.... Déjela V. hablar, y verá cómo se justifica.—Desde que la vi, me dió el corazón que era una santa, á pesar de todo lo que V. me había contado....

—¡Bueno; que hable!....—dijo el tío Lucas.

—¡Yo no hablo! (contestó la Molinera.) ¡El que tiene que hablar eres tú!.... Porque la verdad es que tú....

Y la señá Frasquita no dijo más, por impedírselo el invencible respeto que le inspiraba la Corregidora.

—Pues ¿y tú?—respondió el tío Lucas, perdiendo de nuevo toda fe.

—Ahora no se trata de ella.... (gritó el Corregidor, tornando también á sus celos.) ¡Se trata de V. y de esta señoral— ¡Ah, Merceditas!.... ¿Quién había de decirme que tú?....

—Pues ¿y tú?—repuso la Corregidora midiéndolo con la vista.

Y durante algunos momentos, los dos

matrimonios repitieron cien veces las mismas frases:

—¿Y tú?

—Pues ¿y tú?

—¡Vaya que tú!

—¡No que tú!

—Pero ¿cómo has podido tú?....

Etc., etc., etc.

La cosa hubiera sido interminable, si la Corregidora, revistiéndose de dignidad, no dijese por último á D. Eugenio:

—¡Mira, cállate tú ahora! Nuestra cuestión particular la ventilaremos más adelante. Lo que urge en este momento es devolver la paz al corazón del tío Lucas: cosa muy fácil, á mi juicio; pues allí distingo al Sr. Juan López y á Toñuelo, que están saltando por justificar á la señá Frasquita.

—¡Yo no necesito que me justifiquen los hombres! (respondió ésta.)—Tengo dos testigos de mayor crédito, á quienes no se dirá que he seducido ni sobornado....

—Y ¿dónde están?—preguntó el Molinero.

—Están abajo, en la puerta....

—Pues díles que suban, con permiso de esta señora.

—Las pobres no podrían subir....

—¡Ah! ¡Son dos mujeres!... ¡Vaya un testimonio fidedigno!

—Tampoco son dos mujeres. Sólo son dos hembras....

—¡Peor que peor! ¡Serán dos niñas!... Hazme el favor de decirme sus nombres.

—La una se llama *Piñóna* y la otra *Liviana*.

—¡Nuestras dos burras!—Frasquita: ¿te estás riendo de mí?

—No: que estoy hablando muy formal. Yo puedo probarte, con el testimonio de nuestras burras, que no me hallaba en el molino cuando tú viste en él al señor Corregidor.

—¡Por Dios te pido que te expliques!...

—¡Oye, Lucas!..., y muérete de vergüenza por haber dudado de mi honradez. Mientras tú ibas esta noche desde el Lugar á nuestra casa, yo me dirigía desde nuestra casa al Lugar, y, por consiguiente, nos cruzamos en el camino. Pero tú marchabas fuera de él, ó, por mejor decir,

te habías detenido á echar unas yescas en medio de un sembrado....

—¡Es verdad que me detuve!...—Continúa.

—En esto rebuznó tu borrica....

—¡Justamente!—¡Ah, qué feliz soy!... ¡Habla, habla; que cada palabra tuya me devuelve un año de vida!

—Y á aquel rebuzno le contestó otro en el camino....

—¡Oh! sí.... sí....—¡Bendita seas! ¡Me parece estarlo oyendo!

—Eran Liviana y Piñóna, que se habían reconocido y se saludaban como buenas amigas, mientras que nosotros dos ni nos saludamos ni nos reconocimos....

—¡No me digas más!... ¡No me digas más!...

—Tan no nos reconocimos (continuó la señá Frasquita), que los dos nos asustamos y salimos huyendo en direcciones contrarias....—¡Conque ya ves que yo no estaba en el molino!—Si quieres saber ahora por qué encontraste al señor Corregidor en nuestra cama, tienta esas ropas que llevas puestas, y que todavía

estarán húmedas, y te lo dirán mejor que yo.—¡Su Señoría se cayó en el caz del molino, y Garduña lo desnudó y lo acostó allí!—Si quieres saber por qué abrí la puerta...., fué porque creí que eras tú el que se ahogaba y me llamaba á gritos. Y, en fin, si quieres saber lo del nombra-
miento....—Pero no tengo más que decir por la presente. Cuando estemos solos, te enteraré de ese y otros particulares.... que no debo referir delante de esta señora.

—¡Todo lo que ha dicho la señá Frasquita es la pura verdad!—gritó el señor Juan López, deseando congraciarse con Doña Mercedes, visto que ella imperaba en el Corregimiento.

—¡Todol ¡Todol—añadió Toñuelo, siguiendo la corriente de su amo.

—¡Hasta ahora...., todol—agregó el Corregidor, muy complacido de que las explicaciones de la navarra no hubieranido más lejos....

—¡Conque eres inocentel (exclamaba en tanto el tío Lucas, rindiéndose á la evidencia.)—¡Frasquita mía, Frasquita

de mi alma! ¡Perdóname la injusticia, y deja que te dé un abrazol....

—Esa es harina de otro costal.... (contestó la Molinera, hurtando el cuerpo.)—Antes de abrazarte, necesito oír tus explicaciones....

—Yo las daré por él y por mí....—dijo Doña Mercedes.

—¡Hace una hora que las estoy esperando!—profirió el Corregidor, tratando de erguirse.

—Pero no las daré (continuó la Corregidora, volviendo la espalda desdeñosamente á su marido) hasta que estos señores hayan descambiado vestimentas....; y, aun entonces, se las daré tan sólo á quien merezca oírlas.

—Vamos.... Vamos á descambiar.... (dijole el murciano á D. Eugenio, alegrándose mucho de no haberlo asesinado, pero mirándolo todavía con un odio verdaderamente morisco.)—¡El traje de Vuestra Señoría me ahoga! ¡He sido muy desgraciado mientras lo he tenido puestol....

—¡Porque no lo entiendes! (respondióle el Corregidor.) ¡Yo estoy, en cambio, de-

seando ponérmelo, para ahorcarte á tí y á medio mundo, si no me satisfacen las exculpaciones de mi mujer!

La Corregidora, que oyó estas palabras, tranquilizó á la reunión con una suave sonrisa, propia de aquellos afanados ángeles cuyo ministerio es guardar á los hombres.



XXXIV.

TAMBIÉN LA CORREGIDORA ES GUAPA.

ALIDO que hubieron de la sala el Corregidor y el tío Lucas, sentóse de nuevo la Corregidora en el sofá; colocó á su lado á la señá Frasquita, y, dirigiéndose á los domésticos y ministriles que obstruían la puerta, les dijo con afable sencillez:

—¡Vaya, muchachos!.... Contad ahora